

ANÁLISIS DE LOS ASPECTOS SIMBÓLICOS DEL ESPACIO URBANO. PERSPECTIVAS DESDE LA PSICOLOGÍA AMBIENTAL.

Sergi Valera Pertegàs

El presente trabajo describe y analiza las dimensiones simbólicas del espacio a partir de la definición conceptual de espacio simbólico urbano. Asimismo se presentan las principales características y funciones que, a nivel psicosocial, cumplen tales espacios. Se enfatizan especialmente las implicaciones del concepto en los procesos de identidad social asociada al entorno, así como la necesidad de contemplar los aspectos simbólicos en el análisis de los entornos urbanos y sus implicaciones metodológicas.

Palabras clave: espacio simbólico urbano, simbolismo espacial, identidad social, psicología ambiental.

The symbolic dimensions of the space are analysed in this paper, through the conceptual definition of symbolic urban space. In addition, the main features and functions which concerns at a psycho-social level are discussed too. Especially, it emphasizes the implication of the concept in the social identity processes, as well as the need to regard the symbolic aspects in the urban environment analysis.

Keywords: urban symbolic space, spatial symbolism, social identity, environmental psychology.

Introducción.

En líneas generales, el tema del simbolismo del espacio puede contemplarse desde dos grandes perspectivas. La primera considera el aspecto simbólico como una propiedad del espacio. Desde este punto de vista, todo espacio tiene un significado propio y ésta es una característica inherente a él. Este significado puede derivarse de las características físico-estructurales, de la funcionalidad ligada a las prácticas sociales que se desarrollan en él o bien ser fruto de las interacciones que, a nivel simbólico, se dan entre los sujetos que ocupan o utilizan ese espacio. Asimismo, el significado espacial puede mantenerse en un nivel individual (significación personal) o puede ser compartido por un grupo de individuos o por toda una comunidad (significación social), aunque sobre este

último punto será necesario realizar algunas consideraciones posteriormente.

Dentro de esta primera perspectiva pueden incluirse trabajos como el de Lynch (1990a, 1985) según el cual toda imagen ambiental consta de tres elementos: identidad estructura y significado¹, la perspectiva ecológica de Gibson (1979) según la cual el significado es un aspecto indisoluble de los patrones ambientales de estimulación que percibe un individuo o bien, desde un posicionamiento interaccionista simbólico, la idea de que el significado de un objeto es el que le confiere su naturaleza ontológica, de manera que el individuo orienta sus actos hacia los objetos de su mundo en función de lo que éstos significan para él (Blumer, 1982).

La segunda perspectiva desde la cual puede contemplarse el tema del simbolismo espacial considera que hay determinados espacios o entornos que tienen la capacidad de aglutinar determinados significados en su seno, es decir, tienen la capacidad de cargarse de significado simbólico. Éste se define como un significado social, es decir, reconocido y compartido por un amplio número de individuos y, en la medida en que un espacio físico represente un significado o conjunto de significados determinados socialmente, este espacio puede ser considerado simbólico para el grupo o la comunidad implicada. Siguiendo esta línea argumental, los espacios de una determinada área urbana pueden ser ordenados jerárquicamente en base a su carga simbólica, es decir, a partir de espacios carentes de significado simbólico relevante a nivel social (aunque puedan tener una significación personal), pasando a espacios cuyo significado atañe a un grupo reducido de sujetos (familia, grupo de amigos,...) hasta llegar a espacios con un significado ampliamente reconocido por

¹Sin embargo, el autor evita entrar en el análisis del significado por ser éste un elemento de difícil comprensión (Lynch, 1985, 1990b), siendo ésta una de las críticas frecuentemente vertidas sobre su obra y que no será recogida abiertamente por el propio autor hasta uno de sus artículos póstumos (Lynch, 1984).

la mayor parte de sujetos de la comunidad que ocupa el área en la que el lugar en cuestión se inscribe.

Sin embargo, es necesario detenernos brevemente en las implicaciones que conlleva referirse al significado social del espacio por la connotación que adquiere el término «social». Efectivamente, la característica social del significado espacial no se adquiere a través de un proceso aditivo de significaciones individuales sino que atañe a la propia naturaleza del espacio y a las relaciones que se establecen con él, como muy acertadamente señalan Íñiguez y Pol (1994). Por otra parte, el mismo proceso de percepción de significados espaciales es un fenómeno de carácter eminentemente social (Corraliza, 1987). Esta perspectiva, sin duda, enriquece extraordinariamente el tema objeto de esta reflexión por sus implicaciones teóricas, a la vez que obliga a los psicólogos ambientales a explorar nuevas posibilidades en el plano metodológico para vencer el carácter aditivo subyacente a gran parte de las propuestas que, en este ámbito, son de uso común.

Por otro lado, la carga de significados que ostenta un determinado espacio simbólico puede tener, en líneas generales, una doble fuente de referencia. En primer lugar, la carga simbólica puede ser dictada o determinada desde instancias de poder dominantes, de manera que su significado se orienta hacia un referente político-ideológico o institucional. En segundo lugar, el significado simbólico de un determinado espacio puede ser socialmente elaborado por la propia comunidad, siendo el resultado de una construcción social que opera entre los individuos que configuran esta comunidad o que utilizan este espacio o se relacionan con/en él. Esta doble distinción en cuanto a la fuente del origen del significado simbólico ha llevado a Pol a distinguir entre espacios simbólicos "a priori" y "a posteriori" (Pol, 1987, 1995). Según este autor, un espacio simbólico puede pasar de una determinación apriorística de su significado a una segunda etapa donde se produce una re-elaboración de este significado a nivel social, básicamente a través de los mecanismos de apropiación espacial (Korosec, 1976; Pol, 1994). Si bien la configuración de un espacio con carga

simbólica "a priori" viene determinada por las características políticas e ideológicas de las instancias de poder dominantes, la evolución histórica social y espacial, las características y modos de organización y estructuración social de la comunidad y el tipo de relaciones que ésta establece con el espacio son factores determinantes para la configuración de un espacio simbólico "a posteriori". Las características físicas y estructurales del espacio en cuestión serían consideradas como un factor consecuente en el primer caso mientras que pueden resultar, aunque no necesariamente, un factor antecedente en el segundo.

Dentro de esta segunda perspectiva, según la cual no todos los espacios urbanos tienen la misma capacidad de cargarse simbólicamente de significado, y además de la distinción comentada en las líneas precedentes, pueden incluirse aportaciones teóricas de diversa procedencia disciplinar. Desde esta óptica pueden ser contemplada la distinción que realiza Lefebvre entre espacios unifuncionales, multifuncionales y transfuncionales -estos últimos con significado simbólico- (Lefebvre, 1971), la consideración del simbolismo espacial como una variable ecológica de Firey (1974) o la relevancia que ciertos entornos pueden tener en la configuración de la identidad espacial del self o *place-identity* (Proshansky, Fabian & Kaminoff, 1983).

Hasta el momento hemos introducido el tema del simbolismo del espacio contemplando dos grandes perspectivas bajo las cuales puede abordarse su estudio. Una primera considera el aspecto simbólico como una característica inherente al espacio o, hablando en propiedad, inherente a la percepción, representación o interpretación que los individuos hacen del espacio. Esta característica simbólica puede tener implicaciones a nivel individual o a nivel social en tanto en cuanto determinados significados son compartidos por un número considerable de sujetos. La segunda considera a los aspectos simbólicos como elementos definidores de determinados espacios los cuales, por el hecho de estar cargados con ciertos significados socialmente compartidos, pueden ser considerados

cualitativamente diferentes a otros que no reúnen estas características peculiares.

Estas dos perspectivas, sin embargo, no han de ser consideradas excluyentes. Al contrario, pueden ser integradas y complementadas mutuamente. Así pues, es compatible considerar que todo espacio urbano está dotado de un determinado significado, sea personal o social, y constatar a su vez que determinados espacios urbanos ostentan un valor simbólico mayor que otros por el hecho de que el significado subyacente es más ampliamente reconocido o conlleva una más alta implicación emocional o afectiva para la comunidad de referencia. Por otro lado, también puede establecerse una jerarquía simbólica de los espacios o entornos directamente relacionados con la vida de un determinado individuo, es decir, a nivel personal hay espacios que tienen una mayor relevancia simbólica que otros.

Aunque nuestro posicionamiento inicial se encuentre en la línea de la integración de las dos perspectivas anteriormente expuestas, nos centraremos básicamente en la segunda. Considerando pues que todo espacio está dotado de un significado y que este tiene su base en una construcción socialmente elaborada, centraremos nuestro estudio en aquel tipo de espacios que, por su contenido significativo y simbólico, pueden ser considerados representativos por una determinada comunidad, es decir, pueden ser considerados *espacios simbólicos urbanos*.

El concepto de identidad social urbana.

Una cuestión previa y necesaria consiste en establecer la relación que existe entre los entornos y los procesos de identificación social. Aunque desde el ámbito disciplinar de la psicología social existe una extensa producción teórica sobre el tema de la identidad social, rara vez los psicólogos sociales han centrado su atención sobre los aspectos ambientales y el papel de los entornos físicos en la génesis, desarrollo o mantenimiento de la identidad social (Proshansky, Fabian & Kaminoff, 1983).

Es por ello que en otros trabajos hemos abordado el tema de la identidad social urbana (Valera, 1993; Valera y Pol, 1994) partiendo de la teoría de la categorización del self (Tajfel, 1984; 1983; Tajfel & Turner, 1989; Turner, 1990) como marco de referencia general. Sin ánimo de extendernos en este punto, sí es necesario destacar dos aspectos útiles para el objetivo que nos proponemos en este trabajo.

En primer lugar, la identidad social se deriva básicamente de la pertenencia o afiliación a determinadas categorías tales como grupos sociales, categorías socioprofesionales, grupos étnicos, religiosos, nacionales, etc., con los cuales los sujetos se identifican y que generan un conjunto de autoatribuciones internas (endogrupales) y heteroatribuciones internas (del exogrupo hacia el endogrupo) que definen los contenidos de esta identidad. De igual manera, la identidad social también puede derivarse del sentimiento de pertenencia o afiliación a un entorno concreto significativo, resultando entonces una categoría social más de las diversas que utilizamos para definir nuestra identidad social (Aragón, Corraliza, Cortés y Américo, 1992; Valera y Pol, 1994). En este sentido, el espacio adquiere, además de la dimensión física incuestionable, una dimensión eminentemente psicosocial.

En segundo lugar, este proceso de categorización espacial se fundamenta en una serie de aspectos o dimensiones a través de los cuales nos identificamos como grupo y nos diferenciamos de otros grupos que ocupan otros entornos. Así, las dimensiones categoriales que dotan de contenido significativo a la identidad social urbana pueden definirse como:

* Dimensión territorial. En la medida en que estamos hablando de entornos urbanos, los límites geográficos definidos por los sujetos que se identifican en base a una determinada categoría urbana pueden resultar un elemento importante en el momento de diferenciarse de otros grupos que ocupan entornos diferentes mientras que, a nivel simbólico, pueden jugar un importante papel en las

relaciones que se dan entre los grupos y comunidades (Hunter, 1987).

* Dimensión psicosocial. Si consideramos junto a Lalli (1988) que cada pueblo tiene su propia imagen, la afiliación a una determinada categoría urbana puede también derivar en un conjunto de atribuciones (tanto internas como externas) que configuren un carácter especial o distintivo a los miembros asociados a esta categoría, es decir, que doten de un cierto tipo de "personalidad" a los sujetos como característica diferencial respecto a los otros grupos (Lalli, 1988; 1992). Paralelamente, un determinado entorno urbano puede diferenciarse de los otros en función de la calidad de las relaciones sociales percibidas por sus habitantes (Reid y Aguilar, 1991), en función de la calidad de vida que representa (Francis, 1983) o en función del estatus o prestigio social conferido a sus habitantes (Firey, 1974).

* Dimensión temporal. Recuperando la necesidad de contextualización histórica de todo fenómeno social (Gergen, 1985) y situándonos en una perspectiva transaccional (Altman, 1990), la historia del grupo y de su relación con el entorno resulta un elemento fundamental que se halla en la base de la identidad social urbana. Los procesos por los cuales un determinado grupo llega a identificarse con su entorno depende en gran parte de la evolución histórica del grupo y del propio entorno generándose así un sentimiento de continuidad temporal básico para la definición de la identidad social urbana (Stokols & Jacobi, 1984; Lalli, 1988). En la medida en que un grupo se sienta históricamente ligado a un determinado entorno será capaz de definirse en base a esta historia común y diferenciarse de otros grupos que no comparten el mismo "pasado ambiental".

* Dimensión conductual. La identidad social urbana, en tanto que fruto de un sentido grupal de pertenencia a una determinada categoría o entorno urbano, genera también determinadas manifestaciones conductuales. Esta dimensión pues está estrechamente ligada al conjunto de prácticas sociales propias de una determinada categoría social urbana (Francis, 1983).

* Dimensión social. Como señala Hunter (1987), el contenido de una identificación comunitaria dependerá, hasta cierto punto, de la composición social de la comunidad en la cual se da la realidad desde la cual construiremos esta identidad. Paralelamente, algunos autores han establecido una relación entre estructura social y jerarquía simbólica del espacio (Castells, 1979; Rapoport, 1974; Firey, 1974).

* Dimensión ideológica. Autores como Castells (1988) consideran que los entornos urbanos son plasmaciones de las instancias ideológicas que rigen y determinan una sociedad. Las formas espaciales pueden ser consideradas formas culturales en tanto en cuanto son la expresión de las ideologías sociales.

Definición y características del espacio simbólico urbano.

En base a este planteamiento, *un espacio simbólico urbano será aquel elemento de una determinada estructura urbana, entendida como una categoría social que identifica a un determinado grupo asociado a este entorno, capaz de simbolizar alguna o algunas de las dimensiones relevantes de esta categoría, y que permite a los individuos que configuran el grupo percibirse como iguales en tanto en cuanto se identifican con este espacio así como diferentes de los otros grupos en base al propio espacio o a las dimensiones categoriales simbolizadas por éste*. Así, determinados espacios pueden tener la propiedad de facilitar procesos de identificación social urbana y pueden llegar a ser símbolos de identidad para el grupo asociado a un determinado entorno urbano.

Para que un espacio simbólico pueda ser considerado como tal es condición necesaria que sea percibido por los individuos del grupo como prototípico (en el sentido de Turner, 1987), es decir,

paradigmático o representativo de la categoría urbana sobre la cual se fundamenta la identidad social urbana del grupo. De esta manera, y a modo de ejemplo, un espacio será considerado prototípico para un grupo que se identifica como «barrio» si es considerado por los individuos que configuran ese grupo un elemento paradigmático o representativo de su barrio. La prototipicidad de un determinado espacio urbano vendrá determinada principalmente por el conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos que son atribuidos a ese espacio por parte del grupo de individuos que se definen en base a la categoría urbana que el espacio simbólico representa.

En la medida en que estamos refiriéndonos a un elemento espacial, hay que considerar también las características físicas y estructurales que lo determinan y, en este sentido, la "imagen ambiental" (en términos de Lynch, 1985) es un factor a considerar como determinante de esta prototipicidad a la cual hacíamos referencia. Así pues, un espacio simbólico urbano ha de contar con unas características físicas/estructurales tales que tengan la capacidad de proporcionar a los sujetos una imagen mental vigorosa, vívidamente identificada y poderosamente estructurada, es decir, ha de tener "imaginabilidad" (Lynch, 1985). Así pues, desde esta perspectiva, un espacio simbólico urbano puede facilitar la estructuración cognitiva del entorno en el cual se inscribe y orientar la acción de los individuos dentro de este entorno. En otras palabras y siguiendo en la línea de este autor, un espacio simbólico urbano puede ser también considerado desde cualquiera de las categorías determinantes para la representación y estructuración del "mapa cognitivo" del área geográfica asociada a la categoría social urbana que el espacio simbólico representa, es decir, puede ser considerado como senda, borde, nodo o mojón.

Si en Lynch (1985) la "imaginabilidad" de un espacio toma una dimensión cognitiva en base a las características físicas y estructurales, la recuperación del término que hace Stokols (1981; Stokols & Shumaker, 1981) cuando habla de "imaginabilidad social" toma una dimensión simbólica en base a los significados subyacentes al espacio. Desde esta óptica, un espacio fundamenta su valor simbólico

en el significado o significados que representa para el grupo o comunidad implicados. Estos significados simbólicos pueden ser definidos en función de unas determinadas características. En este punto, recogemos las ideas presentadas por Stokols & Shumaker (1981) de manera que el conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos en relación a un determinado espacio ("campo social percibido" en palabras de estos autores) puede analizarse en función de su:

1. Contenido. Stokols y Shumaker (1981) lo definen como el propio "campo social percibido" o conjunto de significados atribuidos a un espacio. A partir de esta idea, para nosotros un determinado espacio tendrá más alto valor simbólico cuanto más relevante sea el contenido a nivel de significado para el grupo o comunidad implicada. En otras palabras, un espacio será percibido prototípico de una determinada categoría urbana (barrio, según el ejemplo que hemos iniciado) cuando las dimensiones categoriales atribuidas a ese espacio y simbolizadas en él repercutan positivamente en la "saliencia" de la categorización, es decir, cuando a través de ese espacio los individuos de un grupo pueden reforzar la pertenencia o afiliación a este grupo en base a las dimensiones relevantes de la categoría (barrio) representadas por este espacio y reforzar su distintividad frente a otras categorías del mismo nivel de abstracción (otros barrios).

2. Claridad. Para Stokols y Shumaker (op.cit.) cuanto más referido es un determinado significado por los sujetos más claro es éste y más alta será su "imaginabilidad" social. Desde nuestra perspectiva, un determinado espacio podrá ser considerado simbólico no sólo cuantos más sujetos lo consideren como tal sino cuanto más claramente estén definidos los significados asociados a este espacio por parte de estos sujetos. Según esta característica, la prototipicalidad de un determinado espacio reforzará la identidad social de un grupo en base a una determinada categoría urbana (identidad de barrio, por ejemplo) en la medida en que la mayor parte de los individuos de este grupo reconozcan como prototípico de la categoría al espacio en cuestión así como las dimensiones categoriales representadas y simbolizadas por éste.

3. Complejidad. Se refiere al número de significados comunes que surgen entre los sujetos que ocupan un lugar en relación a éste (ibid.). No podemos establecer una relación conceptual clara entre aumento de la complejidad (o número de significados compartidos) y mayor relevancia simbólica ya que un determinado espacio puede ostentar un único significado con un contenido claro considerándolo en este sentido espacio simbólico. Lo que parece correcto pensar es que cuanto más complejo es el significado asociado a un espacio más riqueza simbólica tendrá y, por tanto, será de más fácil reconocimiento como tal por los diferentes grupos sociales que se hallan implicados.

4. Heterogeneidad. Con esta característica, Stokols y Shumaker se refieren al número de subgrupos de un determinado entorno que pueden distinguirse en base a los diferentes patrones de significado. En base al planteamiento anterior, el hecho de que determinados subgrupos atribuyan significado simbólico a un espacio puede contribuir al aumento de la riqueza o complejidad y a su mayor reconocimiento como tal espacio simbólico, pero no reforzará una identidad social asociada a una categorización inclusiva de las de los diferentes subgrupos. En este sentido, la heterogeneidad hace referencia al hecho de que diferentes grupos que ocupan un determinado entorno urbano consideren prototípico a un determinado espacio de este entorno pero como resultado de atribuir diferentes dimensiones derivadas de las diferentes categorizaciones de cada grupo. Como para nosotros es más importante el significado atribuido al espacio que el propio espacio, una posible consecuencia de la heterogeneidad del significado será que, dentro de un mismo entorno, los diferentes subgrupos puedan basar su distintividad en función de los diferentes significados atribuidos a un mismo espacio.

5. Distorsiones. Cuanto menos discrepancias haya entre los significados socioculturales atribuidos a un lugar y las prácticas sociales que se desarrollan en él, más sólido será su valor simbólico.

6. Contradicciones. De igual manera sucede entre la naturaleza simbólica del espacio y las preferencias de sus ocupantes. La falta de discrepancias entre el significado actual que se atribuye a un determinado lugar y el significado deseado o esperado por sus ocupantes fortalecerá el valor simbólico de ese espacio.

Relaciones entre las dimensiones categoriales de la identidad social urbana y las características del significado simbólico del espacio.

De esta manera, un espacio simbólico urbano ha de procurar a los sujetos una imagen ambiental nítida, específica y bien estructurada, a la vez que ha de detentar un significado simbólico con un contenido relevante para la comunidad urbana implicada, estar claramente definido, contar con un grado de complejidad o riqueza simbólica tal que permita a los diferentes grupos sociales pertenecientes a esa comunidad percibirse como iguales en base a una determinada categoría social urbana, y donde las distorsiones y contradicciones entre significado simbólico, prácticas sociales actuales y preferidas de los usuarios sean mínimas.

Como ya hemos comentado, para que un espacio simbólico urbano sea considerado como tal por un determinado grupo o comunidad, ha de ser capaz de simbolizar alguna o algunas de las dimensiones más relevantes de la identidad social urbana de ese grupo en tanto que pertenecientes a una determinada categoría social urbana. Así pues, el contenido, la claridad y la complejidad de los significados atribuidos a un espacio simbólico urbano han de estar en relación con los elementos que definen las dimensiones categoriales de la identidad social urbana. Sin embargo, hay que considerar que los propios contenidos de las dimensiones categoriales pueden determinar el significado simbólico atribuido a un espacio. Aparece así una relación de doble direccionalidad, de forma que las dimensiones sobre las cuales se fundamenta la identidad social urbana determinan la atribución

de significados a un espacio mientras que, una vez cargado simbólicamente, este espacio representa las dimensiones más relevantes en base a las cuales un grupo o comunidad se identifica como tal y se diferencia de los otros grupos y comunidades a partir del propio espacio o de las dimensiones simbolizadas por éste.

Entendiendo el espacio como una construcción social, consideramos que el conjunto de significados asociados a un espacio simbólico urbano es un producto fruto de la interacción entre los grupos o comunidades que se encuentran implicados y el propio espacio; éste, sin embargo, es un producto siempre inacabado en tanto en cuanto estos significados evolucionan a la vez que va evolucionando el grupo asociado a la categoría urbana que el espacio simbólico representa. La dimensión social y la dimensión temporal tienen pues un papel fundamental en la determinación del valor simbólico asociado a un lugar determinado. En el primer caso, la composición, la estructura y las dinámicas sociales implícitas de un grupo o comunidad pueden determinar la atribución de significados sociales a un espacio (Hunter, 1987; Rapoport, 1978), mientras que un espacio puede simbolizar el estatus social de un grupo o comunidad asociado a un entorno (Firey, 1974). En el segundo caso, la evolución histórica del propio espacio y la de los grupos o comunidades que históricamente se han relacionado con él aparece como un factor importante en la atribución de significados (Aguilar, 1990) mientras que la relación de continuidad identidad-generación puede encontrar uno de sus pilares en aquellos espacios que simbolizan o representan la "memoria urbana" (Aguilar, 1990) o la tradición del grupo o comunidad, especialmente en aquellos con una orientación temporal "tradicional" o "coordinada" (Stokols & Jacobi, 1984).

Un espacio simbólico urbano representativo de un determinado grupo o comunidad puede ser definido también a través de las prácticas sociales asociadas a este espacio y consideradas características del grupo, es decir, en base a la dimensión conductual de la identidad social urbana del grupo o comunidad. A través de la evolución de las prácticas sociales asociadas a un espacio,

éste deviene significativo para la comunidad implicada. Al mismo tiempo, los significados atribuidos al espacio determinan y modulan las prácticas sociales que se desarrollan en él o en torno a él. En este caso, las posibles distorsiones provocadas por las discrepancias entre el significado simbólico de un determinado espacio y las prácticas sociales características del grupo o comunidad implicados en él pueden afectar al valor simbólico o a la prototypicalidad de este espacio, dificultando los mecanismos de apropiación espacial.

Para Castells (1988), las prácticas sociales se encuentran directamente relacionadas con las determinantes ideológicas de una sociedad. Desde nuestra perspectiva, un espacio simbólico urbano puede fundamentar su significado en base a la dimensión ideológica de una identidad social urbana. Los valores ideológicos o políticos que caracterizan a un determinado grupo pueden verse plasmados en determinados espacios a la vez que éstos pueden ser contemplados como el resultado de la traducción idiosincrásica en un determinado grupo de los valores ideológicos o políticos predominantes en una sociedad. Por otro lado, un espacio puede simbolizar el carácter de un grupo, es decir, determinadas atribuciones de tipo psicológico como señala Lalli (1988) o, dicho en propiedad, de tipo psicosocial, así como simbolizar determinados estilos de vida característicos. En este caso, el espacio simbólico remite a una dimensión psicosocial propia del grupo asociado a una determinada categoría social urbana.

Tanto la dimensión ideológica como la psicológica o la conductual hacen referencia, de una forma u otra, a la participación y gestión del grupo implicado en la construcción del significado simbólico de un espacio, aspectos éstos que se consolidan en base a la dimensión temporal. Puede darse el caso de que el valor simbólico de un espacio venga previamente determinado por instancias superiores, es decir, que el significado simbólico remita a una categoría de orden superior o de nivel de abstracción más elevado a la categoría en base a la cual se define un determinado grupo (por ejemplo, un espacio puede resultar significativo para una ciudad pero no por ello ha de ser considerado también

significativo para la identificación social con el barrio en el que se inscribe). Este fenómeno es especialmente destacable en aquellos casos en que, por ejemplo, se introduce un determinado elemento espacial de carácter monumental con un significado simbólico "a priori" (Pol, 1987, 1995). En este caso podría fácilmente aparecer una contradicción entre la naturaleza simbólica atribuida a ese espacio por parte de la categoría superior y la deseada preferentemente por los sujetos de la categoría inferior (hablando de distintos niveles de abstracción categorial). De manera similar y en otro nivel, se puede dar una contradicción entre el significado atribuido por el diseñador de un espacio urbano y las preferencias, a nivel simbólico, de los usuarios. Esta idea es analizada por Rapoport al distinguir entre *símbolos discursivos* o compartidos y *símbolos no discursivos* o idiosincrásicos (Rapoport, 1978). Por último, puede darse una contradicción entre los significados atribuidos por los miembros de una determinada categoría urbana a un espacio simbólico y el significado atribuido a este mismo espacio por parte de individuos o grupos que se integran "ex novo" en esta estructura urbana (van a vivir a un nuevo barrio o a una nueva ciudad).

En todos los tres casos planteados, la contradicción resultante puede resolverse a través de los mecanismos de apropiación espacial. Sea en su vertiente de acción-transformación o en la simbólica (Pol, 1994), un espacio simbólico "a priori" puede pasar a ser un espacio simbólico "a posteriori", es decir, un espacio que ha estado re-apropiado a partir de las características de los propios sujetos o, en términos constructoristas, un espacio cuyo significado ha estado de-construido y re-construido socialmente. Igualmente, a través de la apropiación espacial, un sujeto puede llegar a incorporar los significados simbólicos socialmente elaborados de aquellos espacios representativos de la categoría social urbana a la que se incorpora y, de esta manera, captar e integrar los elementos definidores de la identidad social urbana propia del nuevo grupo o comunidad.

En general, podemos afirmar que el mecanismo de apropiación del espacio puede considerarse un proceso fundamental en la configuración de la identidad social urbana en tanto en cuanto, a través de

los espacios simbólicos, permite a individuos y grupos establecer una interacción dinámica con el entorno, apropiarse de él y establecer un sentimiento de pertenencia. A su vez, se interiorizan aquellas características simbólicas del espacio que permiten reforzar la identificación con él y la identidad social urbana del grupo. Posibilita pues a los individuos y grupos cargar de significado a un espacio, así como integrarlo como elemento representativo de su identidad social urbana.

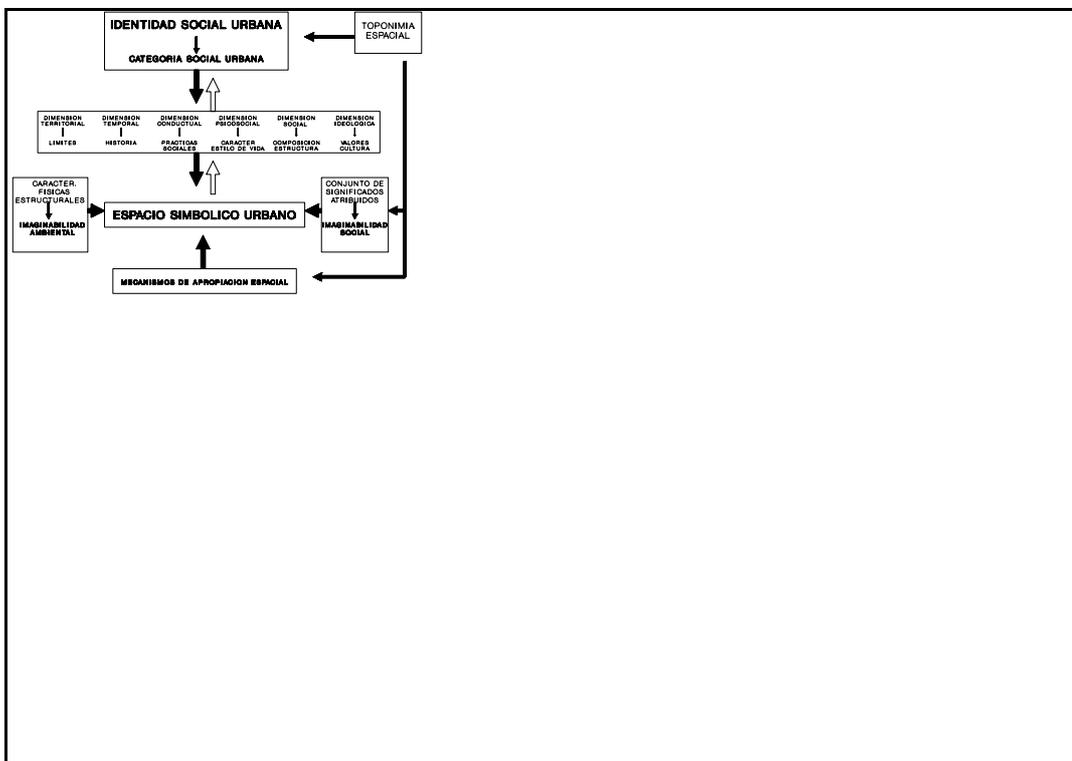
Estrechamente ligada a los mecanismos de apropiación espacial se encuentra la dimensión territorial asociada a una determinada identidad social urbana. En este sentido, un espacio simbólico ha de estar circunscrito a los aspectos territoriales que definen a una determinada categoría urbana mientras que, por otro lado, este espacio puede basar su significado en esta dimensión, es decir, puede ser considerado como un límite o demarcación territorial de una determinada categoría urbana frente a otra potencialmente amenazante.

Un último aspecto que resulta fundamental tanto para la determinación de la identidad social urbana como para la de los espacios simbólicos urbanos hace referencia a la actividad taxonómica ligada a los procesos de consolidación. Como ya hemos comentado, para organizar nuestro mundo puede resultar relevante establecer categorías, pero igualmente importante es dar nombre a estas categorías (Stryker, 1983). Desde nuestra perspectiva, cabe destacar, por ejemplo, el papel que Lalli otorga al nombre del pueblo (y, por extensión, barrio o ciudad) en la consolidación de la identidad urbana (Lalli, 1988) o la importancia del nivel clasificatorio (toponímico) para la relación simbólica entre comunidades (Hunter, 1987), frente a otros autores que han definido la toponimia espacial como un conjunto de etiquetas identificativas sin contenido (Downs & Stea, 1977). Asimismo, cabe contemplar la importancia de estos aspectos en los procesos de apropiación espacial (Pol, 1994) o en la recreación de "paisajes lingüísticos".

En resumen, la delimitación del concepto de espacio simbólico urbano -considerándolo como un

Valera, S. (1996)
 Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano.
 Perspectivas desde la Psicología Ambiental,
Revista de Psicología Universitas Tarraconensis, 18(1), 63-84.

elemento prototípico de una categoría social urbana y, en este sentido, representativo de la identidad social urbana asociada a esta categoría- implica considerar tanto sus características físico-estructurales (imaginabilidad ambiental) como las características de los significados asociados (imaginabilidad social), así como la relevancia de los procesos de apropiación espacial que operan para definir la relación espacio-identidad. Las ideas expuestas hasta el momento pueden quedar resumidas y esquematizadas en el siguiente cuadro.



Valera, S. (1996)
Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano.
Perspectivas desde la Psicología Ambiental,
Revista de Psicología Universitas Tarraconensis, 18(1), 63-84.

Relación entre espacio simbólico urbano e identidad social urbana a partir de la propuesta teórica efectuada.

Funciones principales del espacio simbólico urbano desde una perspectiva psicosocial.

En base a los planteamientos presentados hasta el momento, podemos considerar que la función principal de un espacio simbólico urbano, en nuestro contexto, es el de facilitar la génesis, consolidación o mantenimiento de la identidad social urbana de un grupo de individuos los cuales se perciben como asociados o pertenecientes a una determinada categoría urbana. En tanto que símbolos de esta identidad, la existencia de espacios simbólicos urbanos contribuye a hacer más "saliente" una determinada categoría urbana, es decir, incrementa el sentido de pertenencia categorial de los individuos asociados a ella. A través de los espacios simbólicos urbanos, los sujetos pueden interiorizar los contenidos de las dimensiones categoriales sobre las que se fundamenta la identidad social urbana y así ésta puede mantenerse a través de las diferentes generaciones de individuos de una comunidad. En este sentido, los mecanismos de apropiación espacial - especialmente a través de la identificación simbólica (Pol, 1994)- permiten esta interiorización de significados sociales vehiculados a través de los espacios simbólicos facilitando, por ejemplo, la integración de nuevos sujetos a determinados entornos y tejidos sociales ya consolidados.

Paralelamente, el espacio simbólico urbano proporciona a los sujetos un sentimiento de unicidad que resulta fundamental para la consolidación de la identidad social urbana, ya que representa alguna o algunas de las dimensiones categoriales más relevantes. La relación entre el espacio simbólico urbano y los individuos facilita el establecimiento de lazos afectivos o emocionales tanto con el propio espacio como con la categoría urbana que representa, proporcionando evaluaciones positivas para los sujetos. A su vez, facilita un sentimiento de familiaridad con el entorno que deriva en un sentimiento de seguridad y control ambiental.

En tanto que es considerado un elemento prototípico de una determinada categoría urbana, es decir, es reconocido por la mayor parte de individuos como representativo de ésta, facilita la interacción entre estos individuos y los de otras categorías urbanas. A través de los espacios simbólicos urbanos otros grupos pueden identificar determinadas categorías urbanas y generar atribuciones hacia los sujetos de ésta. Es un fenómeno fácilmente constatable, por ejemplo, el hecho de que al nombrarnos alguna ciudad la asociemos rápidamente con alguno de los lugares que, por lo que sabemos, son los más representativos de ésta, y ello tanto más cuanto menor sea nuestra experiencia directa en esa ciudad.

Por otro lado, no podemos olvidar una función fundamental de naturaleza cognitiva: el espacio simbólico urbano facilita la estructuración cognitiva del entorno asociado a una determinada categoría urbana. En este sentido deviene un elemento relevante para la imagen cognitiva de esta categoría, entendida como mapa cognitivo (Lynch, 1985; Downs & Stea, 1977) o bien como representación social (Milgram, 1984).

De esta forma, la estructura física y el significado simbólico se complementan y determinan mutuamente. La primera es el referente físico del segundo (de manera análoga a la diferencia

significante-significado propia de la lingüística), aunque el segundo puede llegar a superar a la primera, es decir, el espacio puede transformarse o incluso desaparecer físicamente pero el significado simbólico puede mantenerse o ser traspasado a otros espacios.

Como ejemplo de esta última afirmación, Stoetzel (1966) -por cierto, en uno de los escasos textos que bajo el título de "Psicología Social" hace referencia explícita a los aspectos simbólicos del espacio- cita un interesantísimo trabajo de Halbwachs (1941) en el cual se analiza cómo los lugares sagrados considerados simbólicos para el cristianismo han ido cambiando de ubicación a través de la historia siguiendo leyes de concentración, de parcelamiento o fragmentación y de dualidad, y ello sin detrimento de su valor simbólico. Así por ejemplo, el lugar donde Juan bautizaba en el Jordán ha cambiado de orilla, evitando así una travesía; en Jerusalén, sobre la colina de Sión, se encuentran reunidas las localizaciones del Cenáculo, de la tumba de David, de la casa de Caifás, del Tránsito de la Virgen y otros muchos recuerdos; por otro lado, se mantienen dos casas de Caifás, dos prisiones de Jesús o dos Vías dolorosas. En definitiva, parece ser que el valor simbólico asociado a un lugar es resistente a su desaparición o localización geográfica, sobre todo cuando la función principal consiste en plasmar y fortalecer la memoria colectiva y la identidad de un grupo social.

En este sentido, quisiéramos extender este apartado a otras funciones que, aunque van más allá del ámbito estrictamente urbano (tal y como se ha considerado en este trabajo), implican igualmente a los espacios simbólicos en los procesos de identidad. Así, cabe destacar el papel que juegan determinados espacios en el ámbito de los movimientos sociales. Efectivamente, de igual forma que todo movimiento social necesita algún líder visible que aglutine y represente la manera de pensar y sentir del grupo, frecuentemente estos fenómenos suelen presentar algún tipo de referente espacial, algún espacio que, convertido en símbolo, recoge los sucesos, valores y significados que caracterizan a un movimiento social. La Bastilla, la Plaza Roja o, más recientemente, la Plaza de Tiananmen son algunos ejemplos de cómo determinados lugares se cargan simbólicamente del

significado que caracteriza a un movimiento social.

Por otra parte, no hay que olvidar que determinados espacios pueden ser también símbolos del poder político o ideológico imperante en una sociedad determinada y en un momento determinado. Generalmente podemos asociar este tipo de espacios simbólicos a aquellos considerados desde un punto de vista monumental. Murallas, arcos de triunfo, estatuas o edificios donde se ubica dicho poder serían ejemplos en este sentido, aunque actualmente el poder político e ideológico se plasma cada vez más en el tratamiento artístico-monumental del espacio público urbano más cotidiano que impregna ya numerosas áreas y rincones de nuestras ciudades.

Comentarios finales.

Una vez desarrollado el concepto de espacio simbólico urbano, su relación con los procesos de identidad social y sus principales funciones a nivel psico-socio-ambiental, es el momento oportuno para efectuar algunos comentarios finales orientados hacia las implicaciones metodológicas derivadas de la perspectiva de análisis efectuada.

Seguramente, el lector habrá podido deducir que, tanto por el énfasis en la consideración del significado simbólico del espacio como un producto fruto de una construcción social como por el papel central otorgado a los aspectos temporales, nuestro análisis se enmarca claramente en una perspectiva transaccional (Stokols & Shumaker, 1981; Altman & Rogoff, 1987; Altman, 1990). Siguiendo a Altman, esta perspectiva asume que fenómenos como los aquí estudiados "se componen inseparablemente de entornos físicos y sociales, cualidades temporales y procesos psicológicos" (1990, p. 247). Por otro lado, el propio autor (op.cit.) reconoce la imposibilidad de analizar un fenómeno de estas características a través de un único método de estudio con la pretensión de que aporte una omnicomprensividad de los efectos detectados. Además, hay que tener en cuenta que,

como acertadamente señalan Íñiguez y Pol (1994) hablando acerca de lo social, "no porque muchas o pocas personas compartan unas determinadas cogniciones son éstas sociales. Si lo son, es por la naturaleza de las mismas" (op.cit., p. 287); y lo mismo puede extenderse al tema del significado social del espacio.

Precisamente, esta necesidad de analizar la naturaleza social del significado espacial conlleva contemplar diversas estrategias metodológicas, además de las comúnmente utilizadas en Psicología Ambiental: técnicas de recogida de información basadas en instrumentos más o menos estandarizados (cuestionarios, escalas, diferencial semántico, etc.) así como de análisis a partir de técnicas estadísticas. De acuerdo con esta idea, parece necesario contemplar otro tipo de estrategias basadas en información "no cuantitativa", es decir, partir de registros textuales bien sea a través de documentos, descripciones, o producciones derivadas de grupos de discusión. Aquí cabe contemplar técnicas ya conocidas de Análisis de Contenido y Análisis de Discurso junto a propuestas más recientes como el Análisis de Contenido Contextual (McTavish & Pirro, 1990). Por otra parte, la necesidad de contemplar la dimensión temporal conlleva asumir otro tipo de estrategias como, por ejemplo, el Análisis de Eventos o el Análisis de Supervivencia (Hannan, 1989) o bien análisis que contribuyan a enmarcar los fenómenos estudiados contemplando la evolución histórica tanto social como del entorno en la que se enmarcan (Valera, 1993).

Las líneas que recientemente estamos explorando desde esta perspectiva (Valera y Guárdia, 1994; en preparación) se dirigen a estudiar la potencialidad de estas técnicas, pero siempre bajo la idea general de que utilizar estrategias no cuantitativas no implica, en ningún caso, renunciar a la rigurosidad tanto de procedimientos como de análisis. Además, sin entrar en la discusión sobre la conveniencia o no de contemplar la triangulación como estrategia metodológica, parece cada vez más necesaria la utilización conjunta de técnicas cuantitativas, cualitativas y de orientación temporal para la realización de estudios de carácter longitudinal que aporten nuevos datos al tema que nos ha

Valera, S. (1996)
Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano.
Perspectivas desde la Psicología Ambiental,
Revista de Psicología Universitas Tarraconensis, 18(1), 63-84.

ocupado durante estas líneas, no más complejo pero sí menos investigado por los psicólogos ambientales.

REFERENCIAS

- Aguilar, M.A. (1990). La construcción de una psicología urbana. *Anuario de Sociología*, México.
- Altman, I. (1990). Toward a transactional perspective. En I. Altman, & K. Christensen (Eds.) *Environment and Behavior Studies. Emergence of Intellectual Traditions*, Human Behavior and Environment, vol.11. New York: Plenum Press.
- Altman, I., & Rogoff, B. (1987). World views in psychology: trait, interactional, organismic, and transactional perspectives. En I. Altman & D. Stokols. *Handbook of Environmental Psychology*, vol.1. New York: Wiley and Sons.
- Aragonés, J.I, Corraliza, J.A., Cortés, & Américo, M. (1992). Perception of territory and social identity. En *Socio-Environmental Metamorphoses: Builtscapes, Landscapes, Ethnoscapes, Eoroscapes*. Proceedings IAPS 12 International Conference, Vol. II, 252-259. Marmaras, Greece.
- Blumer, H. (1982). *El Interaccionismo Simbólico. Perspectiva y método*. Barcelona: Hora, 1982. (Edición original en inglés 1969).
- Castells, M. (1979). La intervención administrativa en los centros urbanos de las grandes ciudades. *Papers, Revista de Sociologia*, 11, 227-250.
- Castells, M. (1988). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI, 1988. (Edición original en francés 1972).
- Corraliza, J.A. (1987). *La experiencia del ambiente. Percepción y significado del medio construido*. Madrid: Tecnos.
- Downs R.M., & Stea, D. (1977). *Maps in Mind. Reflections on Cognitive Mapping*. New York: Harper & Row Publishers.
- Firey, W. (1974). Sentimiento y simbolismo como variables ecológicas. En G.A. Theodorson, *Estudios de Ecología Humana*, vol. 1, (pp. 419-432), Barcelona: Labor. (Traducción del original en inglés *Sentiment and Symbolism as Ecological Variables*, *American Sociological Review*, 10, 140-148, 1947).
- Francis, R. (1983). Symbols, images and social organization in urban sociology. En V. Pons, & R. Francis (Eds.), *Urban Social Research: Problems and Prospects*. (pp. 115-145). London: Routledge & Kegan Paul.
- Gergen, K.J. (1985). The Social Constructionist Movement in Modern Psychology. *American Psychologist*, 40 (3), 266-275.
- Gibson, J. (1979). *An ecological approach to visual perception*. Boston: Houghton Mifflin.
- Hannan, M.T. (1989). Macrosociological applications of event history analysis: State transitions and event recurrences. *Quality and Quantity*, 23, 351-383.

Valera, S. (1996)
Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano.
Perspectivas desde la Psicología Ambiental,
Revista de Psicología Universitas Tarraconensis, 18(1), 63-84.

Hunter, A. (1987). The symbolic ecology of suburbia. En I. Altman & Wandersman (Eds.). *Human Behavior and Environment: Vol. 9. Neighborhood and community environments*, (pp. 191-219). New York: Plenum Press.

Íñiguez, L. y Pol, E. (1994). Estrategias para la transformación del medio ambiente urbano: análisis desde la psicología ambiental y social. En E. Wiesenfeld (Comp.). *Contribuciones iberoamericanas a la Psicología Ambiental*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Korosec, P. (Ed.) (1976). *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg Conference*. Louvain-la-Neuve: CIACO.

Lalli, M. (1992). Urban-related identity: Theory, measurement, and empirical findings. En prensa en *Journal of Environmental Psychology*.

Lalli, M. (1988). "Urban Identity". En D. Canter (Ed.). *Environmental Social Psychology, NATO ASI Series, Behavioural and Social Sciences*, Vol. 45 (pp. 303-311). Dordrech, The Netherlands: Kluwer Academic Publishers.

Lefebvre, H. (1971). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península. (Edición original en francés 1970).

Lynch, K. (1984). Reconsidering "The Image of the City". En LI. Rodwin, & R.M. Hollister (Eds.). *Cities of the Mind*. New York: Plenum Press.

Lynch, K. (1985). *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili. (Edición original en inglés 1960).

Lynch, K. (1990a). Notes on City Satisfaction. En T. Banerjee, & M. Southworth (Eds.) *City sense and city design: writings and projects of Kevin Lynch*. Cambridge: MIT Press. (Artículo original 1953).

Lynch, K. (1990b). Urban Design. En T. Banerjee, & M. Southworth (Eds.) *City sense and city design: writings and projects of Kevin Lynch*. Cambridge: MIT Press. (Original: definición realizada para la *Enciclopedia Británica*, 1974).

McTavish, D.G. & Pirro, E.B. (1990). Contextual content analysis. *Quality & Quantity*, 24, 245-265.

Milgram, S. (1984). Cities as Social Representations. En S. Moscovici, & R. Farr (eds.). *Social Representations*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pol, E. (1987). *Espais simbòlics a priori i a posteriori*. Manuscrito no publicado.

Pol, E. (1994). La apropiación del espacio. *Familia y Sociedad*, 1.

Pol, E. (1995). *Symbolism "a priori" and "a posteriori"*. Ponencia presentada en el Seminar of Public Art, Facultad de Bellas Artes, Barcelona.

Proshansky, H.M., Fabian, A.K., & Kaminoff, R. (1983). Place-identity: physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology*, 3, 57-83.

Rapoport, A. (1978). *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las ciencias sociales con el diseño de la forma urbana*. Barcelona: Gustavo Gili. (Edición original en inglés 1977).

Valera, S. (1996)
Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano.
Perspectivas desde la Psicología Ambiental,
Revista de Psicología Universitas Tarraconensis, 18(1), 63-84.

Rapoport, A. (1974). Simbolismo y diseño del entorno. En Rapoport, A. *Aspectos de la calidad del entorno*. Barcelona: La Gaya Ciencia. (Artículo original en inglés 1970).

Reid, A. y Aguilar, M.A. (1991). Barrio y vida cotidiana: una experiencia de trabajo en la reconstrucción de la vivienda. En A. Massolo et.al. *Procesos rurales y urbanos en el México actual*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Stoetzel, J. (1966). *Psicología Social*. Marfil: Alcoy.

Stokols, D. (1981). Group x Place Transactions: Some Neglected Issues in Psychological Research. En D. Magnusson (ed.) *Toward a Psychology of Situations: An Interactional Perspective*, Hillsdale, New Jersey.: Lawrence Erlbaum.

Stokols, D. & Shumaker, S.A. (1981). People in Places: A Transactional View of Settings. En J.H. HARVEY (Ed.) *Cognition, Social Behavior, and the Environment*. Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

Stokols, D. (1990). Instrumental and Spiritual Views of People-Environment Relations, *American Psychologist*, 45 (5), 641-646.

Stokols, D. & Jacobi, M. (1984). Traditional, Present Oriented, and Futuristic Modes of Group-Environment Relations. En K.J. Gergen & M.M. Gergen. *Historical Social Psychology*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.

Stryker, S. (1983). Tendencias teóricas de la psicología social: hacia una psicología social interdisciplinar. En J.R. Torregrosa y B. Sarabia (Dir.). *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea.

Tajfel, H. (1983). Psicología social y proceso social, en J.R. Torregrosa y B. Sarabia (Dir.). *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea.

Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder. (Edición original en inglés 1981).

Tajfel, H. & Turner, J.C. (1989). La teoría de la identidad social de la conducta intergrupal. En J.F. Morales y C. Huici (Eds.). *Lecturas en Psicología Social*. Madrid: Uned. (Original en inglés 1986).

Turner, J.C. (1990). *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata. (Edición original en inglés 1987).

Valera, S. (1993). *El simbolisme en la ciutat. Funcions de l'espai simbòlic urbà*. Tesis doctoral no publicada.

Valera, S. y Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental. *Anuario de Psicología*, 62 (3), 5-24.

Valera S. y Guárdia, J. (1994). Evaluación de las estrategias metodológicas de investigación en psicología ambiental. En B. Hernandez, E. Suárez y J. Martínez (Comp.). *Interpretación Social y Gestión del Entorno: Aproximaciones desde la Psicología Ambiental*. Vol II. Adeje: IV Congreso de Psicología Ambiental.